

Mis numerosos amigos, aunque no podía dejar de notarse en ellos los movimientos de envidia, tan naturales en estos casos, no por eso me hacían ménos fiestas. Todos querían abrazarme, y entre gritos de entusiasmo victoreaban mi nombre, lo cual me satisfacía, no por el afecto, porque allí no lo había, pero sí porque notaba el esfuerzo que sin necesidad se hacían por mí.

A la una en punto nos sentamos en la mesa; los que se habían recibido conmigo ese día y yo, ocupamos la mesa en que comían los profesores, que eran los que nos habían festejado, pero entre todos mis compañeros, yo tuve el lugar preferente; Arturo y Alfredo almorzaron también en la misma mesa. El almuerzo que se nos sirvió estuvo magnífico, y todos mis profesores en particular brindaron por mí; era justo que yo correspondiese á tantas bondades, tomé en la mano una copa, en la que el champagne hervía como el entusiasmo y la gratitud en mi alma, y pronuncié entónces un brándis largo, que más de una vez fué interrumpido por los aplausos, porque en él no hacía mas que atribuir, como en parte era muy justo, todos mis méritos á los buenos profesores que con tantas fatigas habían logrado ilustrar mi inteligencia, haciendo penetrar en medio de su oscuridad la luz hermosa de la

ciencia y de la verdad: reinaba en la mesa la alegría más pura, el más constante buen humor.

Concluyó el almuerzo á las dos de la tarde, y entónces hubo un rato de conversacion, de entusiasmo y alegría. Una banda militar durante todo el tiempo del almuerzo había duplicado el entusiasmo, tocó dianas, himnos, etc.

Cuando dijeron las tres me acordé que había ofrecido á Doña Margarita ir un momento á su casa, y tuve el sentimiento de dejar á mis amigos.

El director del colegio me dijo que me esperaba al siguiente día; pues que tenía que hablar conmigo; yo le manifesté que con mucho placer me tendría á su lado, y en seguida partí con mis amigos.

Cuando llegué á casa de Margarita, ví un contraste tan extraordinario con lo que me había rodeado todo el día, que me hizo daño; lo único que allí revelaba algo de fiesta era la mesa adornada con flores y pasteles, vino, etc.; pero por lo demás reinaba el silencio mas sepulcral.

Doña Margarita y sus dos hijas se encontraban en la sala, Julia estaba recostada en el sofá, porque se sentía indispueta; Sofia leía una novela, y Margarita cosía.

Cuando me vieron entrar, todas se incorporaron y me dieron un nuevo abrazo.

—¡Eres fino Genaro! me dijo Margarita; hoy que te buscan por doquier, te acuerdas de nosotras, y robas un momento á tus placeres y á tus goces, para dedicárnoslo.

—Querida tia repliqué yo entónces, los goces mas positivos solo se experimentan al lado de las personas que se aman; Julia me dirigió una mirada de gratitud, Margarita sonrió, y Sofia acercándose me dijo:

—Sabes que desde que eres licenciado te encuentras mas galante y mas fino con nosotras.

—Quizas esto será, le dije, porque como cada dia os amo más, hoy habrás tenido ocasion de conocerlo.

Tomando en seguida otro giro la conversacion, conté á mis buenas amigas las ovaciones y obsequios con que me habian distinguido en mi colegio, y por último dije á Doña Margarita que tenia encargo de D. Mariano de llevar á su casa á Arturo y Alfredo.

Esta noticia llenó de contento á toda la familia; Arturo estrechó con fuego mi mano, y como la hora de partir habia llegado, di á todas un nuevo abrazo, y acompañado de mis amigos. me dispuse á salir.

Julia entónces se acercó á mí, y con un acento lleno de timidez me dijo:

—Genaro, ¿te acordarás de mí en casa de Clara?

—Si, Julia, no lo dudes, repliqué entónces estrechando su mano.

—Tráeme algo de la fiesta, añadió Sofia corriendo hácia mí; sabes que los dulces me gustan mucho.

—Serás complacida, encantadora niña, repliqué á mi jovial prima, y acompañado de Arturo y Alfredo salí de la casa, y subiendo en una góndola, pronto comenzamos á vogar por las calles de Venecia; yo iba con el corazon henchido de esperanza, en aquella noche iba á estar al lado de Leonor; el Visconde no estaria, podria hablarle á solas, estrecharla contra mi pecho al compas de la música, y revelarle en fin el doloroso secreto que pesaba sobre mi alma.

Habia recibido en aquel dia tantas sensaciones gratas, en que mi corazon se habia conmovido trémulo de dicha, que era el primero en que me habia considerado hasta cierto punto feliz, él formaría siempre época en el libro de mi vida; y como solo me habian rodeado imágenes de placer, me dejaba yo arrebatado por las mas dulces ilusiones, en alas de la esperanza!..... Arturo á mi lado soñaba tambien; como yo se embriagaba en ilusiones de amor, como yo tambien pensaba en el ob-

jeto amado; Alfredo nos contemplaba sonriendo, y respetando nuestro silencio, pero no pudiendo al fin contenerse, se acercó á mi, y colocó su mano sobre mi hombro diciéndome:

—¿En qué piensas Genaro? pareces sumergido en la meditacion mas profunda; ¿no me será permitido leer tu pensamiento?

—Querido Alfredo, repliqué á mi buen amigo, son tantos los pensamientos que hoy me ocupan, que no podria revelártelos; pienso en el pasado, en la Providencia divina que tanto me ha protegido; formaba, querido Alfredo, dulces ilusiones para el porvenir..... Alfredo, que parecia no haber escuchado nuestra conversacion, se volvió repentinamente hacia mí.

—Dime me dijo, ¿cómo es que hoy, al decir D. Mariano tu nombre al magistrado, lo acompañó de un título que ignorábamos poseyeses? explícame, querido Genaro, ese misterio, que yo no aciertó á descifrar.

La pregunta de mi amigo me puso en grave conflicto; yo no habia convenido con D. Mariano en la respuesta que debia dar cuando se me hiciera una pregunta semejante, y no sabia qué contestar á Arturo. Por otra parte, no podia guardar silencio; así es que volviendo á él, le dije:

—Me encuentro tan sorprendido como tú respecto á lo que acabas de decirme; yo tambien ignoraba que tuviera ese título, y la primera vez que lo he escuchado es esta mañana de los labios de D. Mariano; ya ves, amigo mio, que no puedo explicarte un misterio en el cual yo mismo me hallo envuelto, sino hasta que mi generoso protector tenga á bien aclarármelo.

En este instante la góndola se detuvo y los tres saltamos á tierra, pocos momentos despues, nos hallábamos ante la quinta de D. Mariano; la cual estaba perfectamente adornada: multitud de carruages se veian á la puerta, y ricas góndolas estaban tambien atracadas á la orilla del canal; los dulces acordes de la música llegaron hasta nosotros, y todo respiraba en aquel lugar el aire de una fiesta, el placer y la alegría; yo estaba trémulo, era la vez primera que iba á presentarme en sociedad, y como era el héroe de aquel festin, todas las miradas debian fijarse en mí; á este pensamiento me turbaba, pero la idea de ver á Leonor me prestaba fuerzas. Clara está allí decia yo, ella me ayudará en cualquier caso. Por otra parte, Leonor sabrá que tengo un título como el Vizconde, oirá hablar con elogio de mí, me verá convertido en objeto de las atenciones gene-

rales, y quizá todo esto contribuya á que me dé una respuesta favorable.

Alentado con estos pensamientos tomé una resolución decisiva, y penetré con mis amigos en la quinta, bendiciendo en mi interior al Dios que me protegía, y al generoso anciano á quien todo lo debía, y que me amaba como un padre.

Apénas me descubrió D. Mariano, salió á mi encuentro; mucho has tardado Genaro, me dijo; todos los invitados te esperaban ya con impaciencia, y al decir estas palabras, despues de saludar cortesmente á mis dos amigos, se introdujo con nosotros en el salón, y tomándome por la mano, tengo el honor de presentar á vds. dijo en voz alta, al jóven conde del Pó, cuyos triunfos en la carrera de las ciencias hemos querido celebrar.

A estas palabras hice una profunda reverencia, poco despues estrechaba la mano de multitud de caballeros que se acercaban á felicitarme.

Hallábase reunido en la quinta de mi generoso protector, lo mas florido de la sociedad de Venecia, y yo introducido en ese círculo, ¡yo pobre expósito, que solo con un nombre supuesto habia podido penetrar!..... estos pensamientos me avergonzaban, se me figuraba que, tomando otro nombre que no era el mio, como que rechazaba yo hasta la memoria de mis padres,

y todas estas ideas me hacian daño; pero reservando esos escrúpulos en mi corazón, y sobreponiéndome á ellos, aparecí yo en mi exterior tranquilo y lleno de gratitud hácia el bueno de D. Mariano, que tanto interés habia tomado por mi suerte, y á quien todo lo debía.

Cuando hube correspondido las felicitaciones de mis nuevos amigos, me dirigí hácia un ángulo del salón, en el que me pareció descubrir á Clara; estaba hermosa en toda la extensión de la belleza, vestida con una elegante sencillez, que atraía y realizaba sus encantos; á su lado se hallaba otra jóven tambien tipo ideal de lo bello; ambas eran seductoras, pero las bellezas mas sublimes y distintas. La jóven que estaba al lado de Clara vestía un blanco traje lleno de gracia y elegancia; ricos collares y braceletes de finas y grandes perlas adornaban sus brazos y su cuello, que rivalizaba con el alabastro; hermosas perlas se entrelazaban tambien en su dorado cabello, formando el mas delicioso conjunto; en los negros ojos de Clara brillaba la llama del placer; en los azules de su jóven compañera se notaba una expresión de dulzura indefinida, una modestia seductora, un candor, que imitaba á los ángeles del cielo.

Leonor, pues no era otra la jóven que estaba al lado de Clara estaba en aquel dia radiante de

hermosura; su belleza cautivaba, su atractivo era irresistible: al verla mi corazón palpitó con indecible violencia, el fuego del amor animó mi semblante, y con paso veloz me acerqué á las jóvenes.

Clara al verme se levantó de su asiento, y estrechando con ternura mi mano entre las suyas,

—Cómo has tardado, Genaro, me dijo dulcemente.

—Hermana mía, me apresuré á responder á Clara, bien sabes tú que hoy no he sido libre para disponer de mi tiempo, si no ya haría largas horas que estaría á tu lado.

Después acercándome más de manera que solo ella pudiese oírme.

—He traído á Arturo, le dije, y te espera impaciente en el salón inmediato.

Clara estrechó mi mano en señal de inteligencia, y acercándose á Leonor.

Tengo el gusto de presentarte á mi hermano adoptivo, le dijo, al joven conde del Po, cuyos triunfos hoy celebramos, y que posee en sí todas las buenas cualidades, desconociendo los vicios.

—Clara, me apresuré á decir confuso y turbado á mi amiga.

Esta se sonrió al ver mi turbación.

Leonor, que no se había inmutado al escuchar

mi título y la relación de mis triunfos, fijó en mí sus ojos con ternura al oír las últimas palabras de mi buena amiga, y tendiéndome su delicada mano.

—Tenía ya el placer de conoceros, Genaro, me dijo, y las palabras de Clara no han hecho más que confirmarme en el concepto que de vos me había formado.

Yo, á cada una de sus palabras, sentía en mí mismo las más extrañas sensaciones.

En ese momento me parecía que me encontraba en el paraíso, puesto que tan presto había podido cumplir el voto más ferviente de mi corazón.

No me dejaron mucho tiempo, sin embargo, gozar la dicha que por completo me llenaba. D. Mariano se acercó, me tomó del brazo y me dijo:

—Ven, Genaro, mis numerosos amigos desean conocerte; quieren gozar de tu amena é ilustrada conversación, es preciso que cumplas sus deseos, que correspondas á las distinguidas demostraciones con que te honran.

Con todo el pesar de mi alma me ví precisado á cumplir los deseos de mi generoso protector, en los momentos mismos en que me sentía tan dichoso.

—Señor, estoy á las órdenes de vd, contesté á D. Mariano.

—Señoritas, con su permiso, dije dirigiéndome á Clara, y su bellísima amiga Leonor me hizo una graciosa inclinacion de cabeza, mientras Clara me dijo con familiaridad.

—Cuidado como te olvidas de nosotras, por entretenerte con tus amigos. No tardes mucho.

—Ya sabes, contesté á mi amiguita, que el corazón siempre vuela, donde el imán lo atrae.

Leonor bajó con modestia los ojos, y Clara sonrió conmigo.

Poco despues me encontraba en medio de un círculo numeroso de señores, que me dirigian las mas finas felicitaciones, y tenian especial placer en conversar conmigo.

Yo, por supuesto, á pesar de que mi pensamiento no podia desprenderse de Leonor, tenia particular cuidado en no faltar para nada á la cortesía y amabilidad debida.

Pronto se comenzó á entablar una disputa bastante difícil sobre una cuestion de legislacion muy seria. Al principio no quise yo tomar parte en ella, pero uno de los que la sostenia, dirigiéndose á mí, me pidió mi opinion; era ya imposible excusarse y tuve que hacer uso de la palabra.

El corrillo que se formó á nuestro alrededor, fué numeroso, en poco tiempo; comprendí bien luego, que si no defendia con entusiasmo y zereo-

nes sólidas la cuestion, perderia en ese mismo momento todos los triunfos que habia obtenido en la mañana; de manera que me propuse hablar con suma energía; por fortuna no era tímido y tenia una memoria verdaderamente extraordinaria, para conservar las razones principales y párrafos completos aplicables á la materia, el nombre de los autores, el título de las obras, y hasta las páginas en que encontraba la doctrina de que hacia uso. Me escuchaban con un asombro creciente al ver citadas, para defenderme, las leyes aún menos conocidas.

D. Mariano estaba á mi lado, y me contemplaba con una satisfaccion tan inmensa, que no la habria manifestado con un hijo de la misma manera que lo hacia conmigo. Por la expresion de su semblante adiviné, que él mismo quizá seria el que promovió la disputa con el exclusivo fin de que yo brillase, y por lo mismo, aunque no me esperaba tal cosa, que por cierto me cojió muy de improviso, sin embargo me propuse defenderla de un modo brillante, agotar los recursos de la ciencia y de la inteligencia en mi favor.

Dios me ayudó, porque en breve no hubo una sola persona que me rebatiese, y comenzaron por el contrario mis propios enemigos, ó mas propia-

mente, mis contrarios, á llenarme de elogios, de aplausos y de ovaciones.

Me sentia satisfecho y gozoso en esos momentos, porque los triunfos que acababa de obtener volarian bien presto hasta Leonor, y con solo que ella los supiese, me consideraba feliz.

La disputa duró como media hora; poco despues de terminada, cuando aún recibia las felicitaciones, con que se me honraba, vinieron á manifestar que ya la comida estaba en la mesa; entónces se entabló una fuerte lucha en mi corazon, porque mi deseo hubiera sido conducir á la mesa á Leonor; pero no era eso lo natural, sino que casi era forzoso que llevase yo á Clara, en cuya casa me encontraba, y cuyo padre era el que me honraba con aquella fiesta; en el combate entre el amor y el deber, venció este último.

Me dirigí velozmente al sitio en que habia dejado á mis dos simpáticas amigas, y aun estaban allí cuando acercándome á Clara le dije.

—¿Me honras con tu compañía?

—Con mucho gusto, Genaro, me contestó.

La tomé entónces del brazo, y D. Mariano que venia detrás de mí, tomó á la hermosa Leonor.

¡Oh, si hubiera en esta vez sucumbido á las debilidades del amor, habria tenido sin duda que arrepentirme!

Cuando me ví con Clara,

—¡Ay, hermana mia! le dije, no puedes figurarte el ánsia que me devora por saber si por fin Leonor ama al vizconde. ¿Has averiguado algo sobre ella? porque no puedo ménos de confesarte, que á medida que la contemplo, crece el fuego del amor en mi corazon..... y si yo fuera tan infeliz que no pudiese jamás obtener el suyo, no sé lo que haria..... ¡Clara, no lo sé!.....

—Tengo que hablarte mucho, Genaro, mas no podrá ser sino esta noche cuando bailemos, porque durante la comida no seria fácil

—Pero al ménos contástame: ¿qué es lo que puedo esperar?

—Pronto lo sabrás.

Iba yo á hacer una nueva pregunta á mi amiguita, cuando llegamos al suntuoso comedor, el cual se encontraba adornado con una gracia encantadora.

En medio de la mesa, compuesta de 50 cubiertos, se elevaba un bellissimo florero, sobre el cual habia una corona de laureles, en la que decia con letras doradas: «A Genaro.»

Todo esto, como es de suponerse, tenia para mí un particular atractivo.

—¡Oh! decia yo interiormente, es imposible no gozar, cuando por doquier se nos dan notorias